

## MAL DE ALTURA

(Publicado en La Prensa el 10 de septiembre y El Deber el 14 de septiembre de 2003)

Rubens Barbery Knaut

Al conocer el lago Titicaca la historia de culturas milenarias me abruma. En medio del frío que busca ser apaciguado por el efecto de unas cuantas copas de vino, el canto de amigos y la sonrisa de una cholita que baila entusiasmada con la presencia de estos “gringos” que llegan a visitarlos, me olvido que estoy en Bolivia. Por un momento me siento lejos de aquel país de odio, de destrucción y sin esperanza que las noticias nos llevan a conocer.

Es la magia de lo desconocido, de lo nunca visto. El vaivén del barco de totora, con su constructor y capitán orgulloso de su obra que puede flotar por donde miles han navegado, cruzando el agua sagrada que servirá luego para el bautizo de los visitantes. Hemos cambiado de nombre luego de la ceremonia que nos obliga a mirar al lago y recitar el “ama sulla, ama llulla, y ama quella” que ojalá pudieran ser algo más que simples palabras.

Llega el momento de la noche fría, despejada y misteriosa. Basta con mirar al horizonte para sentir el abrazo de la isla de la luna que parecería fundirse con el Dios Inti. Debe ser la ofrenda de las vírgenes recluidas en la isla que permite imaginarse el momento en que ambos astros se encuentran por breves instantes sin tocarse. ¿O será nuevamente el vino que agita mi imaginación? Ese estado de embriaguez de los sentidos, que perturba, que recorre el pasado y que así como llega, igual se desvanece con las olas que produce el catamarán. La realidad lleva al éxtasis la imaginación y la oscuridad envuelve los dedos que intentan tocar la alfombra estrellada del firmamento. Dicen que estamos más cerca del cielo. No cuesta nada creerlo.

La costumbre a la comodidad moderna termina imponiéndose. El Karaoke del barco suena inconfundible, las voces familiares y alguno que otro suspiro se entretejen en los camarotes vecinos. La presión sanguínea aumenta con la altura y el sueño tarda, pero llega. La realidad golpea con el sol y la racionalidad del retorno se respira en el aire. La delicadez de la memoria confunde los momentos de imaginación y de deseo. La magia de la Pachamama llegó a su fin y volvemos a la cotidianidad de un país que sufre, se queja y reclama, sentado en medio de tanta belleza.